

CARLOS GONZALEZ C.



**EL
CAMINO
DE LA
ORACION**

ediciones paulinas

Carlos González C.

El camino de la oración

Ediciones Paulinas

Con las debidas licencias.

I. UN PROBLEMA SERIO

Es una realidad que todos podemos constatar: muchos cristianos han dejado de rezar o rezan en forma muy ocasional. El orar se ha transformado en algo lejano y distante.

La ausencia de oración está indicando un mal mucho más profundo: la crisis del amor. En la experiencia humana de todos los días cuando hay amor, amistad o simplemente interés entre dos personas, surgen deseos de encontrarse y se buscan los medios de hacerse presente y se da tiempo a quien se quiere. Si el amor disminuye, si la amistad es menor, también disminuye el interés y el deseo de cercanía, ya sea cercanía física o espiritual.

Esta experiencia de la vida tiene total aplicación a la relación con Dios. Hay un hecho revelado: "Dios nos ha amado primero" o sea que él toma la iniciativa del amor. Pero este amor puede no ser correspondido o ser sólo correspondido en parte.

Al perder el interés, al no corresponder al amor de Dios, se produce, necesariamente, el abandono de la oración con todo lo que este paso significa.

CONSECUENCIAS:

a) *En lo personal*

Cuando alguien, hombre o mujer, deja de estar asombrado por el misterio de Dios y deja de estar preocupado por buscar el rostro del Señor, se produce el hecho real: ese hombre o mujer dejó de ser de Dios y su vida se centra en otros valores.

Se pierde el sentido de Dios. También se pierde el sentido del pecado y sucede algo doloroso: Dios pasa a segundo plano. El amor al prójimo pasa a ser un simple gesto de humanidad porque dejó de ser proyección o consecuencia del amor total a Dios.

Si Dios pasa a segundo plano, o es suplantado por otros valores, se acrecientan las dificultades de la vida diaria. Para el sacerdote su celibato se hace insostenible, porque presupone, para ser vivido, una mirada de mucho amor a Dios. También se hace más difícil la vida del matrimonio, que requiere una presencia y un amor a Dios muy grande para ser vivido en plena fidelidad.

La crisis de la oración, una crisis de amor, hace que el sacerdocio pase fácilmente a transformarse en un quehacer, en una "función" y deja de ser una "consagración". Sin oración verdadera una comunidad, religiosa o de cristianos, deja de irradiar paz y ya no es signo del Cristo Resucitado.

Si no hay amor a Dios, si no hay oración, relación personal con él, se entra en un deterioro, en una rutina que desmorona el corazón cristiano y lleva, fatalmente, a la apatía y finaliza con la muerte de la vida interior.

b) *En la Iglesia*

La ausencia de oración contribuye también a que cada día nos hagamos más extraños en nuestra Iglesia y no tengamos la experiencia viva de fraternidad que nace de la comunión profunda en el Señor. Es más, sin la oración personal y comunitaria será imposible reconocernos y hacernos hermanos en el Señor. Por lo mismo, la comunidad sin la oración quedará inevitablemente frustrada. "Si el Señor no edifica la casa en vano se afanan los constructores".

La pérdida de un sentido profundo de oración en la Iglesia, nos lleva a un formalismo en nuestras celebraciones, Eucaristía - Sacramentos, etc. Nos vamos quedando con una cáscara exterior, sin vida. Se hace realidad en nosotros la denuncia del Señor: "Este pueblo me alaba con los labios, pero no con el corazón".

Esta misma ausencia de oración nos lleva a una pérdida de fe sobre nuestra Iglesia. Dejamos de ver con la mirada de Dios, reducimos nuestra óptica a una mirada casi puramente sociológica. Comienzan a primar los criterios políticos por sobre una mirada de fe y terminamos distorsionando el sentido de nuestra misión como Iglesia.

c) *En la sociedad*

Más allá del problema personal y eclesial, la crisis de la oración trae consecuencias para toda la sociedad. Vivimos en una civilización occidental profundamente enajenada. Los valores están trastocados, y los hombres, al no rezar, han perdido, en gran

manera, su capacidad de preguntarse y sentir el pulso de la vida, la poesía del universo.

La utilidad se ha sobrepuesto al amor y nuestra civilización ha perdido su capacidad de sentir la acción de gracias. El corazón no siente gratitud por todo lo recibido.

Es el amor mismo el que está cuestionado. Tal vez no lo expresamos de esta manera; pero esa es la realidad escondida en un mundo que está perdiendo el sentido de Dios porque los hombres están dejando de buscarlo.

La finalidad de estas reflexiones es replantear el problema de la oración, el problema del amor a Dios.

II. CRISTO Y LA ORACION

“En Dios nos movemos y somos”, dice san Pablo. Podemos existir sin las personas y sin las cosas: pero sin Dios dejamos de ser, porque él es nuestro centro y la razón de ser de nuestra vida.

Orar es mucho más que establecer contacto con un dios vago, impreciso, etéreo y es mucho más que entender a Dios como una Fuerza poderosa. Es un diálogo en el amor filial. Es un crecer en esta Presencia que nos habita, tal vez pasando por una gran purificación, hasta llegar a la profundidad del Amor.

El Evangelio nos muestra al Señor preocupado por la oración y aparece siempre cómo él vive en continua oración, cómo se retira a rezar por las noches y lo vemos orar en diversas ocasiones. El Evangelio nos muestra la maravillosa oración del Señor del capítulo XVII de san Juan y cómo él enseñó el Padre Nuestro.

Mirando a Jesús en oración, los Apóstoles descubren lo que hace *el secreto* de su obediencia activa al Padre y de su intenso amor a los hombres. En los momentos de oración aparece de manera clara la unión intensa, el amor y el diálogo continuo que existe entre Jesús y el Padre. “Nunca estoy solo”; “siempre hago lo que a él le agrada” (Jn. 8,29; 16,32).

Es posible percibir en los hechos y palabras de Jesús que Dios es Padre, y que la oración es UN DIALOGO CARINOSO ENTRE EL PADRE Y SU HIJO. Así la oración queda trazada como la conversación de los hijos con su PADRE, en un espíritu filial, en un acto de abrirse y confiarse al AMOR DEL PADRE.

La oración de Jesús también nos revela la Presencia y acción del Espíritu Santo. En el Bautismo, “mientras oraba”, el Espíritu Santo descendió sobre él y así la oración es una aceptación gozosa a dejarse guiar por el Espíritu Santo que lleva al Padre y que en el Hijo, nos hace decir a nosotros Abba, Padre.

Más aún, es posible percibir una oración que lo lleva a una *donación de sí mismo*, al servicio de la misión de salvación encomendada por su Padre. Es fácil también descubrir la oración de Cristo como la oración *personal* de quien tiene una tarea determinada, precisa.

Cristo enseña a rezar en *comunidad*. Libera al hombre de su oración individualista. Los Apóstoles le dicen: “Maestro, enséñanos a rezar”; él les enseña el Padre Nuestro, oración de comunidad, oración de familia de los hijos de Dios que sobrepasa a la oración de una persona aislada.

En resumen: La oración de Cristo se revela como expresión de amor, relación vital que lo une al Padre y a los hombres. La oración para él es mucho más que un quehacer, ya que aparece como un motor y una fuerza vital.

La oración cristiana es haber empezado a tomar conciencia de la presencia activa del Espíritu Santo

en nosotros, supone haber aceptado al Padre de los cielos y es haber descubierto a Cristo, camino hacia el Padre.

San Atanasio, en el siglo IV, usa esta bella comparación al referirse a la realidad de la Trinidad en la oración y en la vida cristiana: "El Padre es la fuente, el Hijo es el río y el Espíritu Santo es el agua".

Cristo vino a darnos a conocer al Padre, a darse a conocer personalmente y a ayudarnos a descubrir el Amor que los une. Nos dio algunas maneras de expresar humanamente este amor.

La oración es una de estas maneras.

Notable es la distancia entre la oración cristiana y quienes rezan por obligación, por temor, o hacen de la oración un repliegue egoísta sobre sí mismos. Están lejos de la oración, y sin saberlo, seguramente de buena fe, desfiguran o falsifican las relaciones del hombre con Dios.

III. EL CAMINO DE LA ORACION

La vida entera es un caminar hacia lo desconocido, en la fe, buscando el rostro de Dios y el camino de la oración sigue las consecuencias de la vida humana. Es un camino misterioso y difícil, ya que son tantos los que abandonan la oración al tropezar con las asperezas y dificultades de la senda.

La oración es dar pasos, es avanzar, no siempre con claridad, ya que la fe suele ser oscura y difícil. Es la búsqueda del rostro de Dios, a veces lejano y misterioso, a veces cercano y pleno de amistad.

La oración, igual que la vida, es una realidad dinámica que si no crece, o deja de estar en un proceso activo, está destinada a desaparecer. Sufre las mismas dificultades que la vida y aquel que no sabe escuchar a sus hermanos tampoco sabrá oír la voz de Dios. Quien no capta la realidad que lo rodea, tampoco podrá crecer en la verdadera oración.

El camino de la oración es el encuentro de un Dios personal con un hijo, con un hijo que tiene cierta edad, determinada cultura, alegrías, etc. En este encuentro de amistad se va hacia el Padre con todo lo que se tiene, cualidades y defectos. Por eso, toda oración atemporal o todo intento de oración en que el hombre actúe como máquina o como un robot, no es oración verdadera.

Es encuentro de una comunidad de creyentes que juntos, con abertura y con inquietud, buscan y crecen en un camino que tiene por meta descubrir el rostro de Dios.

No es sano rezar por costumbre. La oración es un acto de persona consciente, libre, en progreso, que busca una relación de amor con su Padre. Cada hombre es una nota alegre en el himno de la creación y todo lo que sea somnolencia o rutina, es una antesala de la muerte y está impregnado de tristeza o melancolía.

Si mi manera de rezar de hoy es igual a la que tenía hace diez años... algo anda mal, porque en la medida que dos personas van creciendo en el amor y en la amistad, se va produciendo un diálogo más profundo que se expresa de distinta manera.

La mujer casada, con cinco hijos, que reza igual que en sus tiempos de soltera, no vive una buena oración. El sacerdote que ha recibido una misión pastoral y sigue rezando como laico, sin integrar su nueva realidad, tampoco está en el camino de la oración.

La sensibilidad del adolescente debe ser reemplazada por la madurez del adulto o habrá una oración que no será respuesta al tiempo en que se vive.

El camino de la oración tiene etapas, momentos, crisis y progresos. Pasará por el tiempo de la petición hasta llegar a la adoración, el abandono en las manos de Dios, el tiempo en que se aprende a ser hijo de Dios y hermano de los hombres.

Vendrá el descubrimiento de Cristo, después crecerá la figura del Padre y finalmente será el Espíritu Santo quien completará la oración en la Trinidad.

Será necesario desligar la oración del miedo para llegar a la oración por amor, etc... Hay una sola ley inexorable: La oración, igual que la vida, sufre la ley del progreso o se seca y muere.

Finalmente, el camino de las relaciones con Dios presupone descubrir la oración personal y la oración en comunidad hasta llegar a un sano equilibrio que salve lo individual, lo más profundo del ser humano en su amistad con el Señor y que, al mismo tiempo, haga crecer esa gran realidad de los cristianos, que, en comunión unos con otros, en oración participada, formamos la Iglesia.

Algo importante: Existe un índice muy indicativo de la verdad de nuestro caminar en la oración y es el "hambre y sed de justicia". Si la oración no nos lleva a luchar por un mundo más fraternal y solidario, no hay progreso en la oración. Si la oración no nos compromete con los pobres, con los que sufren y no nos hace ver la injusticia y la desigualdad de los hombres, será señal que nuestra oración es una alienación o un refugio.

El camino de la oración abre los ojos y da sensibilidad a la suerte de los que no tienen voz, a la suerte de los marginados, a toda injusticia o dolor humano.

IV. DIFICULTADES DE LA ORACION

La primera gran dificultad para caminar en la oración es el *misterioso silencio de Dios*.

A Dios no lo vemos y su Voz es la voz del silencio. Sabemos que, llevados por el ritmo de las preocupaciones, apenas alcanzamos a dar tiempo a los amigos que vemos y están más cercanos a nosotros. También, por experiencia, podemos constatar lo difícil que es perseverar en la búsqueda del rostro de Dios a quien no vemos.

Da que pensar la respuesta de Dios a Moisés que quiere ver el rostro del Señor: "Mi rostro no podrás ver porque el hombre no puede verme y seguir viviendo. Te quedarás cerca de la roca y al pasar mi Gloria te pondré en el hueco de la roca. Te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después sacaré mi mano y verás mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver" (Ex. 33,20).

Existen los "discretos signos de Dios", pero fácilmente Dios pasa desapercibido y escapa a nuestra categoría. El Señor no está en el temporal, ni en la lluvia, sino "en la suave brisa de la tarde" (1 Reyes 19,11 ss.), en ese murmullo del viento que apenas se percibe en las tardes de verano o primavera.

Hay una segunda gran dificultad: *nuestro miedo al silencio* y lo que cuesta entender la soledad. No te-

nemos la experiencia que el desierto puede favorecer encuentros más profundos, con otras personas, y también con Dios.

Tenemos miedo a encontrarnos con él y a “ser arrinconados por él” porque intuimos que este encuentro personal con Dios puede cambiarnos la vida, nuestros planes y nuestra realidad. “Nadie puede ver a Dios y vivir”, se le dijo a Moisés y eso significa profundas transformaciones que, tal vez, no queremos afrontar.

La profundidad de las palabras depende de la profundidad del silencio y se ha escrito que “la soledad es la cumbre del amor. Es la prueba por donde pasan, en diversos grados, el esposo, el amigo, y el místico”.

Dice Dios: “Yo te conduciré a la soledad y te hablaré al corazón” (Oseas 2,16). Quisiéramos creer estas palabras, pero dudamos y aparece la tercera gran dificultad para rezar: *falta de fe*.

Penetrar en el mundo invisible de Dios, en una relación de amistad, en un camino de progreso en la intimidad con él, es el resultado de la vida de la fe.

Y tiene valor la pregunta: “¿Creo en Dios?” La respuesta no es la creencia que se queda en el plano de las ideas. Es la creencia en un Dios vivo y personal con quien debe darse una relación de amistad y de amor.

“Creemos, Señor, pero aumenta nuestra fe”, dice el Evangelio y sólo podemos pedir el regalo de la fe, don de Dios que él da a quien quiere. Los regalos de Dios, como todos los regalos, los da él en forma gratuita.

Nuestra situación de hombres modernos, nos lleva a mirar la vida con el sentido de la eficacia, y la oración es difícil porque está marcada por el criterio de la gratuidad.

“El amor es gratuito, pero no es barato”. Cuesta aceptar que orar es una acción gratuita, desinteresada, por amor a Dios a quien no vemos, en un silencio que nos produce temor.

Una última dificultad brota de la *autosuficiencia* que crece en la mentalidad de nuestro tiempo. El avance científico y técnico, que en sí es bueno, nos ha hecho descubrir las leyes que rigen la naturaleza, la sociedad, y nos ha ayudado a descubrirnos responsables y capaces por nosotros y sólo por nosotros de hacer los cambios. Se ha ido gestando una mentalidad autosuficiente que no da cabida a la fe. Si nosotros somos los “maestros”, ¿qué necesidad tenemos de confiarle nuestra vida a Otro? Esta situación adquiere toda su gravedad a la luz de la Palabra del profeta Jeremías (17,5-8).

“Así dice Yahvéh: Maldito sea el hombre que confía en el hombre y hace de la carne su apoyo, y de Yahvéh se aparta en su corazón. Bendito sea aquel que confía en Yahvéh, pues no defraudará Yahvéh su confianza.

“Es como árbol plantado a las orillas de la agua, que a la orilla de la corriente echa sus raíces”.

V. ALGUNOS FRUTOS DE LA ORACION

En compañía del Señor, con su ayuda, es posible *reunificar la vida* y la persona, en medio del mundo agitado en que vivimos.

Existen diversas realidades: Dios, yo, los "otros", el mundo que nos rodea, y "la vida" consiste en armonizar en forma verdadera estas diversas realidades.

Dice Dom Helder Cámara:

"Para mí es importante salvar la unidad interior. Durante el día nos vemos fragmentados o divididos. Los ojos se quedan por ahí y las manos por allá. Nos vamos descuartizando durante cada jornada. Creo necesario unir los pedazos y esto lo hago en oración".

La oración, en segundo lugar, nos lleva a un *mejor conocimiento de sí mismo* y a un *real conocimiento de Dios*.

Es limitado lo que sabemos sobre nuestra propia realidad y, con frecuencia, hay un rechazo en nosotros a aceptarnos como somos. Sólo es la verdadera oración, abertura al Señor, lo que nos permite mirarnos con los ojos de Dios y entrar en nuestra propia verdad, en una aceptación humilde de la realidad.

Las ilusiones engañosas sobre nosotros mismos, los prejuicios adversos o favorables, el amor propio, el apego a los otros, etc., nos empañan la realidad de la vida y es, en la oración, donde los ojos del alma quedan purificados.

Conocemos mejor a Dios al entrar en un diálogo, en una intimidad en que dejamos de ser siervos para entrar en una amistad que debe crecer y madurar con los años (Jn. 15,15). La comunión de amor con Dios que significa la oración, vale mucho más que el conocimiento intelectual de los libros o de las ideas.

La oración cristiana lleva a dar la vida por todos los hombres y en lugar de ser "forma burguesa de seguridad", como lo creen algunos, es precisamente todo lo contrario. Es entrar en la realidad de la vida, en una mirada de sinceridad y de realismo que lleva al compromiso con el débil, con el marginal, con el postergado.

La oración obliga a salir de sí mismo. Es una exigencia para afrontar la vida porque nos descubre el rostro de Cristo en el que sufre, en el pobre, y nos lleva a comprometernos a luchar por la justicia, por la verdad.

Orar es entrar en contacto con Dios que nos abre los ojos sobre un mundo por hacer, sobre una humanidad que salvar, ya que amar a Dios es querer participar en su quehacer, en su acción salvadora de liberación.

"Dar la vida" por los hermanos no puede ser una frase romántica, o una ilusión sentimental.

Significa amar al prójimo, ver el rostro de Cristo en el que sufre, hasta las últimas consecuencias.

“Dar la vida” es asumir la batalla por la promoción, por el desarrollo, por la justicia social. Es decidirse a luchar por un mundo en que se realice una real liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

Pero hay un fruto de la oración más valioso que los anteriores porque va en el orden directo del amor: es la *intimidad con Alguien* que se interesa por nosotros, *por amor*.

La oración cristiana es más que un medio o un método de comunicarse con Dios o de unificar nuestra personalidad. Vale más que un camino para llegar al conocimiento de la realidad total.

Más que un deber, o una obligación, es un derecho de quien es hijo de Dios, para crecer en el conocimiento, en la amistad con Cristo, y con él, llegar al amor del Padre.

La oración ha sido definida como “un perder el tiempo por Dios” en la gratuidad que no busca utilidades o eficacias, sino sólo crecer en el amor.

Quien reza de verdad es aquel que ha entendido que Dios vale la pena y que el Reino de Dios se parece al hombre que vendió todo lo que tenía para comprar el campo donde estaba el tesoro (Mt. 13).

La oración es un diálogo de amistad, es un caminar en el amor, es un crecer en la intimidad y en el conocimiento de Dios. Y todo esto por una razón: por amor.

En este contexto se entiende mejor el pensamiento de Gandhi: "La oración es la esencia misma de la religión, la médula de la vida del hombre, la llave de la mañana, y el cerrojo de la tarde".

La oración, finalmente, hace crecer a la comunidad cristiana.

Cuando los cristianos rezan juntos y buscan, por amor, el rostro de Dios, se producen lazos nuevos, se desarrolla la amistad, se llega a un conocimiento mayor. La oración en común suaviza tensiones, deshace prejuicios y levanta barreras. Al rezar en comunidad los rencores o distancias tienen que superarse o la oración será falsificada.

La oración en común trae paz y hace la unión de quienes saben rezar con fe y con humildad.

VI. EL CORAZON DE LA VIDA DE ORACION

Es importante para cada persona, para una comunidad y para toda la Iglesia que exista un crecimiento en la oración.

Se suele escuchar: "hay que rezar más"; "se requieren ritmos y métodos de oración"; "sin silencio interior no hay contacto con Dios". "Sin perseverancia y fidelidad no habrá seriedad en el camino de la oración".

Hay verdad en esos conceptos. Habrá que tenerlos en cuenta, pero si no hay una aceptación real de Dios, si la vida no se hace en una atención permanente por una mejor fidelidad a él, a su Espíritu, a su estilo, no se podrá crecer en la oración.

Dios es más importante que el poder y el prestigio. El Único Absoluto está por encima del apostolado y aun del sacerdocio. El es "El Señor".

"DIOS ES AMOR Y EL AMOR PROCEDE DE DIOS"
(1 Jn. 4)

La oración es importante por ser problema de amor, diálogo de amistad. Es relación que, igual que el amor, debe crecer y llegar a una plenitud.

*"HEMOS CONOCIDO EL AMOR Y HEMOS CREIDO
EN EL AMOR" (1 Jn. 3,16)*

Y orar es conocer el amor de Dios, es creer en este amor misericordioso, en esta iniciativa de quien "nos amó primero".

*Y JESUCRISTO ES EL AMOR DE DIOS
ENCARNADO*

El es la Palabra de Dios que se hizo carne y tomó un rostro humano. Es la Presencia visible del Dios invisible y en él se hace total el diálogo de amor.

JESUCRISTO es Camino, es Verdad y es Vida, y así se entiende la importancia central de lo que rezamos en la Eucaristía:

*POR CRISTO, CON EL Y EN EL, A TI, DIOS PADRE
TODOPODEROSO, EN LA UNIDAD DEL ESPIRITU
SANTO, TODO HONOR Y GLORIA, POR LOS SI-
GLOS DE LOS SIGLOS.*

La oración verdadera es crecer en Jesucristo hasta llegar a la identificación plena con él, para glorificar al Padre. Así se entienden los textos de san Pablo a los Filipenses:

"Para mí el vivir es Cristo" (Fil. 1,21).

"Todo lo consideraré basura comparado con el amor de mi Señor" (Fil. 3,8) y se comprende mejor la recomendación a los cristianos de su tiempo: "Tened en vuestros corazones los sentimientos de Cristo" (Fil. 2,2).

JESUCRISTO ES EL CORAZON Y EL CENTRO DE LA ORACION DE LOS CRISTIANOS. Crecer en él es crecer en oración. Conocerlo más es avanzar en la intimidad con Dios. Conocer y creer en el amor significa creer y poner toda la fe en la persona viva del Señor Resucitado.

Existen dos Presencias de Jesucristo que pueden y deben ser fuente y centro de toda la vida cristiana: La BIBLIA y la EUCARISTIA.

LA BIBLIA es la Palabra de Dios, “más eficaz que una espada de dos filos, penetrante, nada puede apartarse de su mirada y todo le queda desnudo y sin disfraces” (Heb. 4).

“Dios nos ha hablado POR SU HIJO” (Heb. 1,1). El es la PALABRA actual de Dios, Palabra Viva que estamos llamados a leer con respeto, para dejarnos interrogar e intentar una vida “digna del Evangelio”.

La Biblia nos muestra la mentalidad de Dios, los caminos hacia el Padre. Nos interroga la vida y nos exige que hagamos carne en nosotros, su mensaje de liberación.

Cristo, Palabra de Dios, nos ayuda a entender la Historia y todo lo que sucede, bajo su visión, adquiere un sentido profundo y verdadero.

LA EUCARISTIA nos entrega a Cristo y nos lleva al Padre.

La Eucaristía: Presencia real de Jesús, sacramento de los sacramentos, anuncio del Reino que vendrá, corazón y centro de la oración.

“Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida y quien no come mi carne y no bebe mi sangre no tiene vida” dice Jesús (Jn. 6).

La Eucaristía es Pan Vital que celebra la Vida de los hombres y une el dolor y la alegría de la humanidad.

Cristo, en su Cuerpo y en su sangre, nos da la vida y nos da la posibilidad de crecer en el amor.

Biblia y Eucaristía son expresiones del único amor de Dios que busca derramarse en nuestros corazones, se complementan y se explican recíprocamente. Serán siempre las dos grandes fuentes de oración para los cristianos de buena voluntad.

Si la Iglesia deja de rezar, si una comunidad pierde el sentido de oración, si un cristiano no busca el rostro de Dios, se ha llegado a una situación de muerte, nacen los formalismos, la rutina, el vegetar y el instalarse. El sacerdocio queda privado de su razón de ser y deja de tener sentido.

La respuesta del hombre siempre tendrá rasgos originales. *Los sacerdotes* llegarán, si son fieles, a una “oración pastoral”. Oración enriquecida por la vida y por las necesidades de aquellos a quienes sirven. Será la oración de quienes rezan el Breviario en nombre de la Iglesia, y celebran la Vida en la Eucaristía, en nombre de todos los cristianos. Será la oración de los pastores, que encontrarán a Cristo, el Señor de la Historia, en todo acontecimiento, en la vida diaria, en todo lo que sucede, en el gozo o en el dolor.

Sacerdotes y religiosos tienen algo especial en su vida de oración: Expresar y agradecer su amor exclusivo al Señor, por haber sido escogidos para ser signos del Reino que vendrá.

Todos los creyentes estamos llamados, desde nuestras diferentes vocaciones, a completar la Oración de la Iglesia. Será diferente la oración del obrero a la del campesino, la oración del político a la oración de la dueña de casa, y sin embargo, todo será parte de la alabanza de la misma Iglesia.

Las comunidades cristianas darán respuestas diferentes. Cada época histórica acentúa matices distintos y las culturas se expresan de modos diversos.

Existe una complementación y una riqueza inmensa en la respuesta de los hombres a la Palabra de Dios. Lo que importa es que él sea glorificado y bendecido.

Al finalizar estas reflexiones es posible pensar, y con razón, que es necesario destacar con mayor claridad la acción del *Espíritu Santo* y su rol extraordinario en la vida de oración.

San Pablo escribió: "Son hijos de Dios los que son guiados por el Espíritu" y es la acción del Espíritu la que "endereza lo que está torcido, afirma lo que está débil y riega lo que está seco" (Oración que se reza el día de Pentecostés).

Ojalá que nunca "apaguemos o entristezcamos al Espíritu", para que sea siempre él quien nos lleve a la profundidad en el conocimiento del Padre, y para que con Jesucristo vivamos en la alegría y en el gozo de ser hijos de Dios.

Carlos González C.
Obispo de Talca

Talca, 5 de marzo de 1973

INDICE

	<u>Pág.</u>
I. Un problema serio	5
II. Cristo y la oración	9
III. El camino de la oración	13
IV. Dificultades de la oración	17
V. Algunos frutos de la oración	21
VI. El corazón de la vida de oración	25